

Reservados todos los derechos, para la puesta en escena de esta obra sin el previo consentimiento de la Autora o de la solicitud a SGAE.

mluzdramaturga@hotmail.com
www.mariluzcruz.com

Descubriendo a Sarah Bernhardt

M^a Luz Cruz

Personajes:

SARAH BERNHARDT

SUSANA

CARMEN

La edad de Sarah Bernhardt debería ser entre los 50 y 55 años.

ESCENOGRAFÍA: *Algunos muebles antiguos de estilo francés, distribuidos por el escenario. Entre ellos hay: una cheslong, un biombo, una mesita redonda con un par de sillas.*

El teatro está oscuro, tan sólo hay luz en el escenario, en el que está Carmen barriendo. Por el pasillo del patio de butacas aparece Susana, lleva un paraguas en la mano y el bolso colgado del hombro.

Se escucha un leve sonido de lluvia.

CARMEN.- Menudo día, otra vez lloviendo.

SUSANA.- *(Por el pasillo de platea)* ¡Ya estoy aquí!

CARMEN.- *(Mientras barre sobre el escenario)* ¿Has cerrado bien?

SUSANA.- Sí.

CARMEN.- ¿Con la llave?

SUSANA.- Sí, claro.

CARMEN.- Procura no mojar nada con el paraguas.

SUSANA.- Tranquila, no te preocupes, que el paraguas está seco. *(Subiendo al escenario)*
¡Madre mía! ¡Qué pasada, esto sí que es un teatro! *(Eufórica, caminando de un lado a otro del escenario)* ¡Guau! ¡Qué suerte poder ensayar en este escenario!

CARMEN.- También podrías haber ensayado perfectamente en el salón de casa.

SUSANA.- No es lo mismo. Aquí estoy en la atmósfera adecuada, en casa no me puedo concentrar con la música del vecino. *(De pie en el escenario, mirando a platea)* ¡La de grandes actores y actrices que habrán actuado en este escenario!

CARMEN.- Muchos. En el tiempo que llevo trabajando aquí he visto a unos cuantos.

SUSANA.- Qué suerte. *(Coloca el paraguas y el bolso en una de las sillas)*

CARMEN.- Si tú lo dices... Los veo por casualidad ensayando mientras limpio, y algunos son muy simpáticos pero otros unos estiraos.

SUSANA.- Somos como todo el mundo.

CARMEN.- *(Sorprendida)* ¿Somos? Vaya, ¿tú también te incluyes?

SUSANA.- Pues claro, yo también soy actriz, desconocida pero actriz ¡Estoy tan contenta! *(Se acerca a besuquearla)* ¡Eres la mejor tía del mundo!

CARMEN.- *(Con una sonrisa bonachona)* Quitá, besucona, que tienes más cuento... Aprovecha bien el tiempo que cuando yo termine de limpiar nos marchamos las dos, aquí no te puedes quedar. Ah, y si viene alguien te escondes, que me estoy jugando el puesto de trabajo.

SUSANA.- Vale... vale, si entra alguien desaparezco. *(Cambio)* ¿No te da miedo estar aquí sola?

CARMEN.- ¿Y por qué habría de darme? Además, no tengo tiempo para pensar en eso.

SUSANA.- No sé, está todo tan silencioso... *(Haciendo broma como su fuese un fantasma)*
¡Boooo! A lo mejor hay algún fantasma.

CARMEN.- Anda, déjate de fantasmas y ponte a ensayar que tengo mucho que hacer.

SUSANA.- Te estoy diciendo la verdad. Dicen que en los teatros están todos los personajes escondidos y que cuando los llamas vuelven a cobrar vida.

CARMEN.- ¡Lo normal! Vuelve a cobrar vida cuando un actor lo vuelve a interpretar. Eso lo sé hasta yo. Anda...anda. ¿Pero quién te mete esas tonterías en la cabeza?

SUSANA.- No son tonterías.

CARMEN.- Ponte a ensayar y deja de calentarme la cabeza con fantasmas, que yo no he visto ninguno y no tengo ningunas ganas de verlos.

SUSANA.- Está bien. Lo que no entiendo es que todavía no tengan escogida a la actriz que va a hacer el personaje de Marguerite.

CARMEN.- Sí la tenían, pero ha tenido un accidente esquiando y se ha roto una pierna, y ahora con la pierna escayolada tiene para unos meses hasta que esté recuperada del todo.

SUSANA.- Pero eso no le impide ensayar el papel. Total, ahora solo están ensayando.

CARMEN.- Ya. Pero se ve que tenían bastantes bolos contratados para dentro de un par de meses antes de estrenar aquí, y esa chica con la pierna rota tiene para rato hasta que le quiten el yeso, y como no puede moverse... Les he oído decir que no estaban dispuestos a perder tanto dinero por ella.

SUSANA.- Ya, claro. ¿Pero interpretaba bien el papel?

CARMEN.- Yo no tengo ni idea, si solo la he visto dos o tres veces por aquí.

SUSANA.- Es que es un personaje con muchos matices.

CARMEN.- ¿Qué quieres decir? Yo no entiendo de eso.

SUSANA.- Lo que quiero decir, que tiene que interpretar dentro del mismo personaje diferentes estados de ánimo: alegría, tristeza, enfermedad, duda...

CARMEN.- Ah... ya. Ves, dicho así, sí lo entiendo. Les he oído decir que han intentado contratar a una actriz muy conocida pero ya estaba comprometida con otra compañía.

SUSANA.- ¿Cómo se llama?

CARMEN.- Y yo que sé, tanto no escuché. Y no me entretengas más, que me voy para dentro, que ya puedo correr para tenerlo todo limpio antes de marcharnos. ¡Madre mía! Parece mentira como se pone todo el teatro el día que llueve, y ayer cayó un buen chaparrón, y hoy otra vez tormenta. (*Hace la intención de retirarse*) Tú, a lo tuyo, que yo no te molesto.

SUSANA.- Tía, ¿tú me ves guapa?

CARMEN.- Sí, claro. ¿Y a qué viene ahora eso?

SUSANA.- Es que el papel de Marguerite lo han hecho siempre actrices muy conocidas y sobre todo muy atractivas.

CARMEN.- Tú en guapura no tienes nada que envidiar a nadie.

SUSANA.- Tú que vas a decir...

CARMEN.- Pues entonces no preguntes. Digo lo que veo. Y deja de liarme que tengo mucho que hacer. *(Se retira por el lateral)*

SUSANA.- *(Se sienta en la cheslong de espaldas al biombo y empieza a hablar con ella misma)* Vamos a ver si aquí, sin la música del vecino, me puedo concentrar. No sé por qué me hago ilusiones, si no me conoce nadie y, al final, acabarán dándoselo a alguna enchufada. Pero por intentarlo... Bueno, vamos a ver *(Leyendo)* ¿Es usted, quién venía a interesarse por mí mientras estuve enferma? El responde que sí. *Hermoso gesto. ¿Qué puedo hacer para agradecerérselo, monsieur?*

(Transición rápida a luz de ensoñación, acompañada de una música parisina del 1900 que proviene de detrás del biombo, y por él aparecerá, Sarah Bernhardt, vestida de forma espléndida, con ropas propias de la época y sombrilla que le hace las veces de bastón.)

SARAH.- *El Duque viene cada mañana; cuando llegue le dirán que duermo y, posiblemente, esperará a que despierte. (Tocando a Susana por detrás)* ¡Vamos, chica! No tenemos tiempo que perder.

SUSANA.- *(Se gira de golpe y queda muy sorprendida y asustada)* ¡¡Ah!! ¡Qué susto me ha dado! *(Mirando por todos lados)* ¿Por dónde ha entrado? ¿Le ha abierto mi tía? Porque yo he cerrado con llave.

SARAH.- Olvídate de eso, que tenemos mucho que hacer.

SUSANA.- *(Desconcertada)* ¡Pero bueno! Vamos, dígame ¿quién es usted y qué hace aquí?

SARAH.- ¿No sabes quién soy?

SUSANA.- Pues no.

SARAH.- *(Altiya)* ¡Soy Sarah Bernhardt!

SUSANA.- ¡¿Qué...?! ¿Ha dicho, Sara Bernhardt?

SARAH.- Sí. ¿Supongo que has oído hablar de mí?

SUSANA.- Claro que he oído de esa tal Sarah, hasta he leído algo sobre ella, y la verdad, por lo que leí, era bastante caprichosa. Pero no creerá que estoy tan chiflada como para creerla, por muy bien que estén imitadas sus ropas. Oiga, ¿no estará intentando quedarse conmigo?

SARAH.- *(Sonriendo)* ¿Quedarme contigo? ¡No, por Dios! Tengo cosas más importantes que hacer.

SUSANA.- Estupendo, pues vaya a hacerlas, señora, porque la tal Sarah esa está criando malvas desde hace unos cuantos añitos...

SARAH.- Por favor, no me lo recuerdes.

SUSANA.- ¡Bueno, ya está bien! Y ahora, dígame ¿cómo ha entrado y a qué ha venido?

SARAH.- (*Arrogante*) ¿Que cómo he entrado? Yo no tengo que entrar, no tengo que pedir permiso, Sarah Bernhardt pertenece al teatro. Si estoy aquí, es porque tú me has llamado.

SUSANA.- ¡¿Pero qué está diciendo?! ¿Qué yo la he llamado...? ¿Cuándo?

SARAH.- Sí lo has hecho, aunque no por mi nombre exactamente...

SUSANA.- (*Riendo*) ¿Entonces, ya me dirá cómo?

SARAH.- Al oírte destrozar “mi obra” no he tenido más remedio que venir a ayudarte.

SUSANA.- (*Con la obra en la mano sin salir de su asombro*) ¿Ayudarme con su obra? Pero... ¿De qué obra está hablando?

SARAH.- De la que tienes en tu mano.

SUSANA.- Oiga, señora! Para su información, esta obra fue escrita por Alejandro Dumas.

SARAH.- Sé perfectamente que “La Dama de las Camelias” fue escrita por Alejandro Dumas, hijo. Cómo lo voy a olvidar. (*Coge la obra y la acaricia*) Adoro esta obra, qué tacto, qué maravilla. (*Caminando por el escenario con aire nostálgico*) Di vida tantas veces a Marguerite Gautier que casi formaba parte de mi piel. Nunca dejé de llevarla en mi repertorio, en cualquier país que actuara, no podía faltar.

SUSANA.- (*Para ella*) Madre mía, cómo está la pobre. (*Siguiéndole la corriente*) Vale...vale, ya lo entiendo, usted se ha enterado de que buscan una actriz para hacer el papel de Marguerite y se ha presentado con la vestimenta y todo para hacer el casting, ¿no es eso?

SARAH.- ¿El casting?

SUSANA.- Sí, una prueba. (*Burlona*) Siento decepcionarla pero se ha equivocado de día porque el casting se hace pasado mañana. Aunque yo a usted la veo un poco madurita para ese papel.

SARAH.- (*Riendo*) Criatura, tu insolencia es fruto de tu ignorancia. Pedirle a Sarah Bernhardt hacer una prueba para representar a Marguerite Goutier, es como preguntarle a Degas si sabe pintar bailarinas.

SUSANA.- ¿Entonces, si no he entendido mal, usted nunca tuvo que presentarse a ninguna prueba? (*Para ella*) Pero qué estoy haciendo, seré idiota, le estoy hablando como si de verdad fuese Sarah Bernhardt.

SARAH.- Pero tuve que presentarme a un estúpido concurso para entrar en la Comédie-Française, con un peinado ridículo y un vestido espantoso. Estaba horrible. (*Subiendo el tono*) ¡Fue lo más humillante que he vivido en toda mi vida!

SUSANA.- (*Con intención*) Pues sí que le afectó... Y seguro que lo ganó usted, ¿verdad?

SARAH.- ¡No, no lo gané, quedé la segunda! Pero puedo decirte que nadie recuerda quién ganó el primer premio. Antes de llegar a ser quien fui, también tuve muchos sin sabores.

SUSANA.- *(Siguiéndole la corriente)* Claro, claro. Entonces, ya me dirá cómo lo hizo para entrar en la *Comédie*.

SARAH.- Por mi talento. Y no voy a negar que quizás me diese un empujoncito para que entrase el Duque Morny.

SUSANA.- Ya...ya, claro, todo de lo más normal.

SARAH.- Escucha, jovencita, yo no estoy aquí para hablar de mí, estoy para ayudarte a interpretar a Marguerite Gautier, no lo olvides.

SUSANA.- Bueno, mire, como broma ya está bien, pero esto ya pasa de castaño oscuro. Lo siento mucho, no sé por dónde ha entrado, pero aquí no puede quedarse, tiene que marcharse ahora mismo. ¿Está claro? *(Se gira de espaldas a Sarah para llamar a Carmen)* ¡Tía, tía!

(La luz cambia a la iluminación anterior a la de ensoñación y Sarah desaparece de escena)

CARMEN.- *(Desde dentro)* ¡¿Qué pasa?!

SUSANA.- *(Mirando hacia el interior)* ¡¿Puedes venir?!

CARMEN.- *(Entra)* Te he oído porque estaba aquí mismo, si llego a estar en los camerinos ya puedes gritar, ya. ¿Qué quieres?

SUSANA.- ¿Has abierto tú a esta señora? Porque yo no sé cómo ha entrado.

CARMEN.- ¿Qué señora?

SUSANA.- ¿Cómo que qué señora?

CARMEN.- La que está aquí *(Empieza a buscar por todas partes)* Dónde se ha metido ahora. ¡Oiga, oiga, salga de donde esté!

CARMEN.- *(Mirando entre bastidores)* ¡Aquí no hay nadie! ¿Te ha dicho quién era?

SUSANA.- Ella se cree Sarah Bernhardt *(Buscando)*. Será posible, pero dónde se ha metido.

CARMEN.- ¿Y quién es esa?

SUSANA.- Déjalo. ¿Tú has abierto a una señora que iba vestida muy rara?

CARMEN.- ¡Qué tonterías estás diciendo! Cómo la voy a abrir si estoy fregando dentro. *(Nerviosa)* ¡Si ha entrado alguien y la pillan aquí me la voy a cargo yo! ¡Si ha entrado, es porque te has dejado la puerta abierta! ¡Y mira que te lo dije!

SUSANA.- Qué no, que estoy segura que he cerrado con llave.

CARMEN.- ¿Y dónde está esa mujer?

SUSANA.- Eso me gustaría saber a mí.

CARMEN.- ¡Pues ya la estás buscando porque aquí no se puede quedar, que me busca la ruina!

SUSANA.- (*Mirando por todas partes*) A lo mejor se ha ido.

CARMEN.- ¡Eso espero! ¡Porque si está aquí sin permiso la voy a decir cuatro cosas! Hay que ver, cómo es la gente, mete las narices en todas partes. (*Mirando para todos lados*) Esa tía ya me ha puesto de los nervios. ¡No la dejan a una ni limpiar tranquila!

SUSANA.- Tranquilízate, que seguro que se ha marchado.

CARMEN.- Yo no puedo perder el tiempo buscándola, que me quedan todavía por limpiar parte de los baños, los camerinos y la entrada. Pero antes, voy a ver si la puerta está abierta. (*Baja las escaleras del escenario y se retira por el pasillo central de platea*)

SUSANA.- (*Busca por los laterales*) Qué raro, dónde se habrá metido. Si estaba aquí mismo. (*Pensando*) No, no, la puerta estoy segurísima que la cerré.

(*Por el pasillo de platea vuelve Carmen*)

CARMEN.- (*Por el pasillo*) ¡Pues la puerta está cerrada!

SUSANA.- ¿Lo ves...?

CARMEN.- (*Subiendo las escaleras del escenario*) Sea quien sea esa mujer parece que se ha marchado. Y no tengo ni idea de por dónde ha entrado y tampoco tengo tiempo de averiguarlo. Voy para dentro, y tú, aprovecha el tiempo y deja de ver fantasmas. (*Se retira por el lateral que salió antes*)

SUSANA.- Vale. (*Intranquila, coge el libreto y empieza a interpretar*) Marguerite descubre al Duque sentado al piano. *¿Ah, estaba usted ahí?* El Duque: *esperándola a usted, es mi destino.* Marguerite: *El mío es encontrármelo a usted en todas partes.* (*Cambio*) ¿Dónde se habrá metido esa mujer?

(*Se escucha la música parisina y la luz vuelve a cambiar a luz de ensoñación, apareciendo de detrás del biombo Sarah*)

SARAH.- Tranquila, que estoy aquí.

SUSANA.- (*Sorprendida*) ¿Dónde estaba metida?

SARAH.- Aquí, no me he movido de aquí.

SUSANA.- Pues aquí no puede estar, ya ha oído a mi tía.

SARAH.- Sí, ya la he oído y si tienes intención de llamarla otra vez, te aconsejo que no lo hagas porque ella no puede verme.

SUSANA.- ¡Venga ya! Qué tonterías está diciendo... (*Llamando*) ¡Tía, tía, ven un momento!

CARMEN.- (*Desde dentro*) ¡No me entretengas más! ¿Para qué?

SUSANA.- ¡Para que hables con la señora!

CARMEN.- ¿Otra vez está ahí? ¡Ahora mismo salgo y me va a oír! (*Saliendo*) ¡Ya me está tocando a mí las narices!

(*La luz vuelve a cambiar y Sarah desaparece*)

CARMEN.- ¡Venga! ¿Dónde está?

SUSANA.- Ahora mismo estaba aquí.

CARMEN.- ¡Aquí, aquí! ¿Dónde?! (*Mosqueada*) ¡Mira, deja de tomarme el pelo que ya me estas cansando! En qué hora te diría yo que vinieras. (*Se retira por el lateral*)

(*Cambio de luz a ensoñación, música y aparece Sarah*)

SARAH.- (*A SUSANA*) Bueno ya has podido comprobar que tu querida tía no puede verme.

SUSANA.- (*Muy sorprendida*) ¿Y eso cómo puede ser?

SARAH.- Tiene una explicación muy simple. Tu tía vive demasiado en el mundo real, en su mente no hay lugar para los sueños, es por eso por lo que no puede verme.

SUSANA.- Soñar, sueña, pero con una bonita casa, una abultada cuenta corriente y unas buenas vacaciones.

SARAH.- ¿Lo ves? Sus deseos son muy terrenales. (*Cambio*) Pero bueno, olvídate ahora de tu tía que tenemos que seguir con la preparación de tu prueba.

SUSANA.- Ahora mismo estoy totalmente bloqueada. (*Para ella*) Esto no es normal, esto no puede ser.

SARAH.- ¿Bloqueada? ¡Pues desbloquéate, que no tenemos tiempo que perder! Ya he oído como destrozabas mi maravillosa obra.

SUSANA.- ¡Otra vez con su obra! Grábeselo en la cabeza, vamos, repita conmigo, “La Dama de las Camelias” es de Alejandro Dumas,

SARAH.- (*Caminando hacia Susana*) ¡Insufrible criatura! ¿Qué pretendes, desafiarme, ponerme en ridículo? ¡Sé mejor que nadie que él la creo, pero yo le di vida, yo la di a conocer al mundo!

SUSANA.- Fue usted como podría haber sido cualquier otra.

SARAH.- ¿Cualquier otra? (*Sube el tono*) ¡Alejandro estaba sumamente agradecido de que “La Divina Sarah” diese vida a Marguerite! ¿Lo oyes? Agradecidísimo. (*Suspirando*) Qué tiempos...

SUSANA.- ¿La Divina Sarah? ¿Por qué habla en tercera persona?

SARAH.- Hablo en tercera persona, porque yo puedo permitírmelo. Y ahora, ¿podemos seguir? (*Cogiendo el libreto*) No puedo oírte como destrozabas esta maravillosa obra.

SUSANA.- (*Con mofa*) Sé que es una buena obra, por eso mismo quiero ese papel.

SARAH.- (*Subiendo el tono*) ¿Una buena obra? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¡¿Dónde está tu sensibilidad?! Representé esta obra más de un millar de veces por todo el mundo, y todavía hoy para mí sigue siendo especial. Hasta Verdi compuso “La Traviata” por la fascinación que sintió por ella.

SUSANA.- (*Con retintín*) Bueno, pues eso. Ya veo que le tiene mucho cariño. Y por ser tan especial, la han interpretado tantas grandes actrices como usted: Margarita Xirgu, Greta Garbo.

SARAH.- (*Cortándola*) Y también mi adorada rival, Eleonora Duse. ¿Qué pretendes hacerme una lista? (*Levantando los brazos como si interpretase*) Pero yo fui la primera y ninguna, ¿me oyes? ¡Ninguna puso la pasión que puso Sarah Bernhardt!

SUSANA.- ¿No cree qué es un poquito vanidosa?

SARAH.- (*Con prepotencia*) Yo puedo permitírmelo. ¿Has olvidado, quién soy?

SUSANA.- Como voy a olvidarlo, si se ha pasado el rato recordándomelo. Aun así, no creo que usted naciera enseñada.

SARAH.- (*Con apasionamiento*) No, desde luego que no, trabajé mucho para ello, porque amaba al teatro más que a nada, tenía talento y lo aprovechaba. Algo de lo que creo que tú careces.

SUSANA.- ¿Cree que es la única a la que le gusta el teatro? A mí también me gusta. ¿Por qué cree que hago esto?

SARAH.- (*Hablando con pasión*) El teatro no es suficiente con que te guste, el teatro te tiene que apasionar.

SUSANA.- (*Con intención*) Pero a usted, por mucho que le apasionase, no trabajó en él por amor al arte. Porque según cuenta la historia, menuda vida se pegó.

SARAH.- Qué sabe la historia.

SUSANA.- Algo sabrá, digo yo. Ahora los actores de teatro no se hacen ricos ni por casualidad, como se hizo usted.

SARAH.- ¡Yo nunca fui rica! Invertía en cosas que me hacían feliz, que me hacían la vida más cómoda y agradable, pero por encima de todo, siempre estuvo mi amor al teatro. Sarah Bernhardt contrataba a los mejores autores, los mejores decorados, el mejor vestuario, y los mejores actores y hasta el mejor dibujante de carteles, Alfons Mucha, al cual yo di a conocer al mundo.

SUSANA.- (*Con intención*) Cómo no. Pero algún talento tendría por sí solo.

SARAH.- Por supuesto que lo tenía. Era un artista polifacético que poseía un gran talento, pero empezó a ser conocido a partir del primer cartel que hizo para mi obra “Gismonda” Era espectacular, algo totalmente novedoso.

SUSANA.- He visto alguno de esos carteles y la verdad eran muy chulos.

SARAH.- ¡Todo, era poco para el teatro! Odiaba la tacañería y por ello me arruiné varias veces, pero volvía a levantarme. ¡Sarah Bernhart siempre vivió la vida con apasionamiento!

SUSANA.- Con apasionamiento y con muchos caprichos. ¿Es verdad lo que leí, que tenía un castillo, un tren y casi un zoo para usted solita?

SARAH.- Jovencita, parece que por mucho que leyese sobre mí, no estás muy bien informada. Referente al tren, fue tal el éxito que obtuve en Estados Unidos que para que pudiese recorrer el país con toda comodidad, se me habilitó un tren con siete vagones de lujo, para mi uso exclusivo y el de mi compañía. Lo llamaron «*Especial Sarah Bernhardt*», pero nunca fue mío.

SUSANA.- Ya. De lo que leí, lo que me llamó más la atención, fue que llevaba a todos sus animalitos, “que no eran pocos”, en cada viaje que hacía al rededor del mundo. Eso a mí me parece bastante extravagante. Ni en mis peores pesadillas me imagino viajando cargada de animales.

SARAH.- Seguro que no. Esos animales eran como mi familia, y no olvides que esas giras duraban meses.

SUSANA.- ¿Y por eso arrastraba con todas las fieras? (*Burlona*) Vamos, una cosa muy normal. Entonces, ¿son ciertas todas las cosas que se cuentan de usted?

SARAH.- ¿Sobre qué? Se han contado tantas cosas... Algunas de ellas son invenciones. Es... una forma de alimentar el mito.

SUSANA.- ¿También lo alimentaron con respecto al número de hombres que tuvo a sus pies?

SARAH.- (*Sonriendo*) No, eso te puedo asegurar que no. Ya desde muy jovencita tuve éxito con ellos y nunca puse ningún obstáculo para hacer que mis encantos salieran a la luz, al contrario, trataba de resaltarlos.

SUSANA.- (*Con doble intención*) A lo mejor fueron sus encantos físicos y no sus interpretaciones los que le dieron toda esa fama de la que disfrutó.

SARAH.- (*Muy ofendida subiendo el tono*) ¡Insolente criatura, pero qué te has creído! ¡Eso nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca! ¡¿Cómo osas insinuar eso?! ¡Sarah Bernhardt, interpretó a los mejores autores y las mejores obras, y “por su talento”, tantas mujeres la envidiaban y tantos hombres la idolatraban!

SUSANA.- Perdón, perdón, no se ponga así. Según cuenta su leyenda, tenía un magnetismo especial que la hacía muy atractiva.

SARAH.- (*Caminando por el escenario con elegancia y aire nostálgico*) Lo fui, no lo pongas en duda. Cuidaba mi cuerpo y cultivaba mi mente. En realidad, lo que más les atraía de mí, no era mi belleza, sino la fuerza de mi personalidad. Siempre fui un espíritu libre y procuré hacer casi siempre lo que me apetecía en cada momento, escuchaba las opiniones de los demás, pero nunca me dejé dominar.

SUSANA.- Vamos, que hacía lo que le daba la gana. Qué suerte, poder hacer lo que a una se le antoje.

SARAH.- No basta con tener suerte, la suerte se tiene que trabajar.

SUSANA.- Bueno pero si se trabaja y además se tiene suerte... (*Con curiosidad*) ¿Y fueron muchos los que se postraron a sus pies?

SARAH.- Soy una dama, nunca hice una lista. Pero te puedo asegurar que a mis pies se postraron los hombres más cultos del momento, además de príncipes, pintores, escritores, poetas, actores...

SUSANA.- ¡Menudo chollo! Ojalá tuviera yo esa suerte.

SARAH.- Hasta el padre del psicoanálisis.

SUSANA.- ¿Se refiere a Sigmund Freud?

SARAH.- Sí, a él.

SUSANA.- (*Con curiosidad*) ¿Y cómo lo conoció, en alguna fiesta?

SARAH.- No, no tiene ningún misterio. Vino a verme actuar cuando representaba la obra “*Teodora de Sardou*”. Se presentó en mi camerino y me dijo con voz penetrante. (*Imitándolo*) Querida, Sarah, me habían hablado mucho de vuestros encantos y de vuestras magníficas interpretaciones, pero esta noche he tenido la oportunidad de comprobarlo por mí mismo. Vuestra actuación ha sido ¡sublime, magistral! No puedo estar más de acuerdo con la magnífica valoración que hace sobre vos Mark Twain. Si me lo permitís, me gustará tener la oportunidad de poder visitaros alguna vez para conversar con vos.

SUSANA.- (*Con curiosidad*) ¿A qué valoración se refiere?

SARAH.- (*Dándose importancia*) ¿No la conoces?

SUSANA.- ¿Yo? Yo qué lo voy a conocer.

SARAH.- Mark Twain escribió: Hay cinco clases de actrices: “*Las buenas, las malas, las regulares, las grandes actrices y... Sarah Bernhardt*”.

SUSANA.- (*Muy sorprendida*) Y usted... usted se quedaría flipando.

SARAH.- ¿Flipando?

SUSANA.- Es como quedarse impresionada. ¿Y qué le dijo?

SARAH.- Sonreí, le di las gracias por el halago y le invité a tomar el té al día siguiente, en compañía de varios amigos, y así empezó nuestra amistad. Después me enteré que durante años, una fotografía mía era la que recibía a los pacientes en su consultorio.

SUSANA.- ¿La vio alguna vez actuar en “La Dama de las camelias”?

SARAH.- Desde luego, como te he dicho interpreté a Marguerite más de un millar de veces.

SUSANA.- Madre mía, un millar de veces. ¿Y no le resultaba pesada y repetitiva?

SARAH.- (*Con entusiasmo*) No, al contrario, cada vez que se levantaba el telón era maravilloso. ¡Cada actuación era única! Te puedo asegurar que no había dos representaciones iguales.

SUSANA.- ¡Venga ya! Vamos a ver, una obra que está un tiempo en cartel, acaba resultando todos los días lo mismo.

SARAH.- Sí, es la misma pero...

SUSANA.- (*La corta*) O sea, ¡repetición tras repetición!

SARAH.- ¿Y tú te llamas actriz?

SUSANA.- Sí, estoy en una escuela preparándome para ello, y por eso se algo de su vida. Nos dieron una clase sobre grandes actrices y sus excentricidades. (*Sonriendo*) Y lógicamente en esa clase no podía faltar usted.

SARAH.- Vaya. Pues tendrás que aprovechar esas clases un poco mejor si quieres llegar a interpretar a Marguerite. En el teatro, son muchas las cosas que influyen, no hay dos días que sean totalmente iguales, depende del actor, de la ciudad en la que estés, del público y hasta de los cambios climáticos.

SUSANA.- ¿Qué tienen que ver los cambios climáticos?

SARAH.- Mucho, más de lo que imaginas, una obra depende del estado de ánimo del actor y del público.

SUSANA.- ¿Qué dice? ¿Del público también?

SARAH.- Desde luego, criatura. No comprendo cómo tienes la osadía de querer ponerte encima de un escenario, sin enterarte de nada. ¿No te han explicado eso en tus clases?

SUSANA.- De momento no.

SARAH.- Pues deberían hacerlo. Si el espectador está receptivo, el actor se crece, pero si por el contrario, la reacción del público es nula, sin vida, el actor percibe esa falta de energía, y entonces no hay conexión entre ellos. Es muy sensitiva el alma del actor. Por eso cada día la representación es diferente.

SUSANA.- O sea, la misma obra puede salir muy distinta.

SARAH.- Desde luego. De la misma manera que no hay dos días exactos, tampoco hay dos actores que interpreten el mismo personaje de la misma forma, cada actor impregna algo de su personalidad al papel.

SUSANA.- Vamos, que un actor lo puede engrandecer y otro lo puede destrozar.

SARAH.- Exacto. El mismo personaje interpretado por dos actores puede resultar muy distinto.

SUSANA.- Ve, eso en el cine no pasa.

SARAH.- Desde luego que no.

SUSANA.- Pero claro, ya me imagino que para usted es un mundo desconocido.

SARAH.- Criatura, qué poquito te enseñaron en esa clase. Para tú información, cuando me llegó el momento de retirarme de este desconcertante mundo, había rodado tres películas y una de ellas fue “La Dama de las camelias”.

SUSANA.- (*Sorprendida*) ¿De verdad rodó la Dama de las Camelias? No puede ser.

SARAH.- Por increíble que te parezca, así fue. Estaba rodando la cuarta película en mi propia casa, cuando después de varios días de jugarme malas pasadas la salud y el agotamiento, se presentó la Parca.

SUSANA.- ¿Quién...?

SARAH.- ¡La muerte, chica!

SUSANA.- ¡Ah, ya!

SARAH.- Lógicamente no me sentó nada bien porque yo no la esperaba tan pronto.

SUSANA.- Habla como si le tuviese que pedir permiso.

SARAH.- No, pero podía haber tenido el detalle de dejarme acabar la película. Fue una verdadera lástima.

SUSANA.- Es que esto no funciona así.

SARAH.- Ya, lo sé. El título de esa película era “La Voyante”. Como era de esperar tras mi muerte quedó inacabada.

SUSANA.- Me lo imagino. Cuenta su muerte como si se tratase de una pequeña putada.

SARAH.- Y lo es. Cuando has trabajado tanto la Muerte como yo lo hice, acabas familiarizándote con ella.

SUSANA.- ¿Trabajar con ella?

SARAH.- Sí, has oído bien. La mayoría de las obras que hice eran tragedias y en ellas casi siempre la muerte era el desenlace final. Por eso, pude vivir todo tipo de muertes.

SUSANA.- (*Burlona*) Qué bonito, todo el día con la Muerte acuestas. Muerte arriba, muerte abajo... Vamos, que para usted era un tema recurrente. Se comenta... (*Se corta*)

SARAH.- ¿Qué sucede? No te cortes, sé valiente, ¿Qué se comenta?

SUSANA.- Que tenía usted un ataúd y que se tumbaba en él. Eso será broma, ¿no...?

SARAH.- No, no es broma, es bien cierto.

SUSANA.- (*Cruzando los dedos*) Me resulta bastante espeluznante y un poquito macabro para mi gusto.

SARAH.- ¿Por qué, si no sabes lo que se siente dentro?

SUSANA.- Ni lo sé, ni tengo ningún interés en saberlo.

SARAH.- Hay muchos tipos de muertes y para un actor es importante conocerlas, profundizar en ellas, tanto desde el plano sentimental como del psicológico.

SUSANA.- Ya. Pero no hasta el punto de meterse en un ataúd.

SARAH.- El ataúd era una manera de experimentar, de sentir sensaciones y de no olvidar que, a pesar de mi fama mundial, era un ser mortal. *(Con una sonrisa)* Además me divertía muchísimo ver el efecto que causaba en los demás.

SUSANA.- ¡Horror! ¡Qué esperaba que causase! Esa afición a lo macabro es como adelantarse a la moda gótica. *(Cambio)* Y volviendo al cine, ¿le gustó?

SARAH.- Sí, era algo tan novedoso... La primera vez me vi, me impresionó y me emocioné, aunque no me acostumbraba a verme.

SUSANA.- *(Sorprendida)* Me cuesta creer que usted se impresionase por algo.

SARAH.- Pues sí, me emocioné, un poquito.

SUSANA.- Si viera lo que se hacen ahora, se caería de espaldas.

SARAH.- Yo no soy tan simple como tú. Pero por muy interesante que sea el cine, para mí el teatro es, mejor dicho, era, como el aire que respiraba.

SUSANA.- Normal, según usted, en él se desenvolvía como pez en el agua.

SARAH.- No tengas ninguna duda. El cine me pareció muy excitante, y desde luego enseguida pude ver que era el futuro. *(Nostálgica)* Pero para el actor que ama el teatro, lo que de verdad le falta cuando hace cine es ese cariño tan especial que va cogiendo a su personaje durante los ensayos y esa especie de comunión que hay entre el público y él.

SUSANA.- *(Cortándola)* Y porque no lo dice, echaba en falta los aplausos y los bravos del público.

SARAH.- También. *(Se pone en el borde del escenario)* ¿Los oyes?

(Sonido de aplausos y bravos)

SUSANA.- Yo no oigo nada.

SARAH.- *(Con apasionamiento)* ¿De verdad no los oyes? ¡Están aclamando al actor! ¡Son como una vitamina que se necesita para seguir creando vida encima del escenario! En el cine esto no pasa, en él hasta un perro puede hablar.

SUSANA.- Esa es una de las magias del séptimo arte.

SARAH.- Eso no es magia, eso es técnica. *(Con pasión)* La magia es transportar al espectador, hacerle imaginar mil mundos distintos tan sólo con las palabras. Por eso el actor debe poseer o

desarrollar una serie de “*cualidades físicas*”, como son: la memoria, un cuerpo bien cuidado, saber modular la voz, que se le entienda perfectamente cuando habla y el gesto adecuado con el personaje que interpreta.

SUSANA.- ¿Y si no posee todas esas cualidades?

SARAH.- Pues si quiere dedicarse a la interpretación, tendrá que trabajar duro para desarrollarlas, no hay otra forma de que se realice el milagro. (*Cambio*) Bueno, vamos a ver, ¿conoces la historia de La Dama de las Camelias?

SUSANA.- Más o menos.

SARAH.- ¿Qué sabes de ella?

SUSANA.- Sé que era una prostituta, bueno, pero de lujo.

SARAH.- (*Perdiendo los papeles*) ¡Una prostituta, una prostituta! ¡¡O sea, que para ti sólo se trata de una prostituta!!

SUSANA.- ¡Pero bueno, cómo se ha puesto! ¿Acaso no lo era? Ni que lo hubiera dicho de usted.

SARAH.- (*Dando golpecitos en el suelo con la sombrilla*) ¡No sé por qué trato de ayudar a la más mediocre de las actrices!

SUSANA.- Porque así vuelve a revivir su vida en el escenario.

SARAH.- ¡Esa mujer era la más deseada de todo París y tú te limitas a decir que solo era una prostituta!

SUSANA.- ¡Usted, el problema que tiene es que cree que seguimos viviendo en el París del mil novecientos! ¡A ver si se entera de una vez que estamos en el siglo veintiuno! Conviene que no lo olvide, porque yo me voy a presentar a esa prueba “pasado mañana”, no en el mil novecientos.

SARAH.- Es a ti a la que no te conviene olvidar en que época vivió ella, si quieres situarte en su historia. ¡Las pasiones del mundo no cambian nunca y para ellas no existe el tiempo, pero las circunstancias, sí!

SUSANA.- Aquí, la que no existe es usted, solo es fruto de la fantasía de mi imaginación.

SARAH.- Hablas de imaginación y no te puedes imaginar en el París de principios del siglo veinte, ¿entonces, por qué aspiras a algo que está fuera de tu alcance? Y desde luego, fuera de tu inteligencia.

SUSANA.- ¡Me gustaría verla a usted esperar toda una mañana para hacer un casting, en el que tienes cinco minutos para demostrar lo que puedes hacer! ¡Y en el que, casi siempre, hay un director con cara de perro que te mira como si fueras su presa!

SARAH.- ¿Cinco minutos?

SUSANA.- ¡Sí, cinco minutos!

SARAH.- (*Sonriendo*) ¿Su presa?

SUSANA.- ¡Sí, su presa!

SARAH.- (*Sonriendo*) Pobrecita. Qué cosas dices, criatura. Esos cinco minutos son más que suficiente para seducir a ese director.

SUSANA.- ¿Ha dicho seducir? ¡Esto no se trata de seducir, se trata de conseguir ese papel!

SARAH.- Prefieres que te diga: encandilar, hechizar, cautivar, fascinar, embrujar...

SUSANA.- ¡¿Piensa decirme todos los sinónimos?!

SARAH.- Sólo te diré que si en esos cinco minutos no eres capaz de deslumbrar a ese director...

SUSANA.- (*Cortándola*) ¡Vaya otro sinónimo!

SARAH.- ¡Insufrible criatura, quieres dejar de cortar mi conversación con tus simplezas!

SUSANA.- Ya veo que se ha mosqueado.

SARAH.- ¿Así pretendes hacer de Marguerite Gourtier? ¡No lo conseguirás nunca!

SUSANA.- Vaya ánimos... De todos modos, cinco minutos no dan para mucho.

SARAH.- ¿De verdad piensas que cinco minutos no dan para mucho?

SUSANA.- ¿Qué quiere decir?

SARAH.- ¡Que trabajes el personaje! ¡Céntrate en Marguerite! Para que esos cinco minutos sean provechosos. Porque si lo interpretas como lo has estado haciendo hasta ahora, pasado mañana ese papel te vendrá tan grande, que parecerás un velero a la deriva en un mar tormentoso.

SUSANA.- (*Burlándose*) ¡Uf, qué miedo! Un poco rebuscada la comparación ¿no cree? (*Con intención*) Claro, usted lo tuvo todo muy fácil.

SARAH.- (*Subiendo el tono furiosa*) ¡Fácil, fácil! ¡Qué sabrás tú! ¡No consiento que digan que mi vida fue fácil! ¡Mi vida fue apasionada, con risas, con llantos, con acierto y equivocaciones! ¡Mi vida fue más complicada y fascinante que las vidas que interpreté, mi vida fue de todo menos fácil! ¡¿Me oyes?!

SUSANA.- Vale... vale... Pero no me negará que tal como usted lo cuenta todo, no da la impresión de haberlo pasado nada mal.

SARAH.- ¡No tienes ni idea! ¡Nunca me gustó ser de esas mujeres que pasan su vida lamentándose pero no hacen nada para cambiar su situación!

SUSANA.- ¿No lo dirá por mí? Porque yo estoy intentando cambiar la mía. Pero usted nació en París y...

SARAH.- ¡Nazcas en la ciudad que nazcas, si no trabajas duro, nunca conseguirás tu sueño, y yo lo hice! Trabajé mucho para no depender de nadie y poder vivir de mi gran pasión, “el teatro”

SUSANA.- Y vaya si lo logró, y de qué manera...

SARAH.- ¡Sarah Bernhardt no dependía de nadie, fue la primera mujer empresaria en el mundo del espectáculo! Además de gestionar mis propias producciones, también gestionaba las de varios teatros a la vez.

SUSANA.- Madre mía, no sé cómo se lo montaba para llegar a tanta cosa, a mí sólo me da tiempo para ir a clase y los fines de semana para ganarme unos eurillos hago de canguro.

SARAH.- ¿De canguro?

SUSANA.- Sí, de canguro.

SARAH.- ¿Y saltas como ellos?

SUSANA.- ¿Qué...?

SARAH.- ¿Qué si saltas como ellos?

SUSANA.- ¡No! Ojalá lo hiciera. Canguro se llama a la persona que cuida niños por horas.

SARAH.- Ah, en mi tiempo se llamaba niñera.

SUSANA.- Y ahora también...

SARAH.- (*Cortándola*) Sé muy bien lo que es una niñera. Me cuidó una de ellas. Fui hija de una cortesana y me pasé mi infancia lejos de mi madre, al cuidado de un ama de cría, de internado en internado hasta que cumplí los quince años.

SUSANA.- Vaya. ¿Y su padre?

SARAH.- Nunca lo supe con certeza, pero en más de una ocasión, oí comentar que era el duque de Morny.

SUSANA.- ¡Claro! Por eso la ayudo a entrar en Comédie-Française.

SARAH.- Eso lo has dicho tú, no yo.

SUSANA.- Y usted, ¿qué pensaba al verlo?

SARAH.- Yo, qué querías que pensara. (*Riendo*) Lo miraba y trataba de buscar algún parecido con él, pero con el bigote que lucía era difícil ver el parecido.

CARMEN.- (*Desde dentro cortando la conversación*) ¡Susana, no grites tanto que si entra alguien no lo vamos a oír!

(*La luz vuelve a cambiar y Sarah desaparece rápidamente dejándose la sombrilla apoyada en la silla. Por el lateral sale Carmen con el cubo de fregar*)

SUSANA.- (*Muy sorprendida*) ¿Qué me decías?

CARMEN.- Que menudas voces pegabas, parecía que estabas de pelea con alguien.

SUSANA.- (*Mirando hacia donde estaba Sarah*) ¿Con quién me iba a pelear si estoy sola?

CARMEN.- ¿Te pasa algo?

SUSANA.- No... ¿Qué me va a pasar? Es que estaba concentrada en la obra.

CARMEN.- Claro, será eso. ¿Y tantos gritos pegan en esa obra?

SUSANA.- No.

CARMEN.- Pues entonces, no entiendo el vocerío que estabas dando, se te oía desde dentro.

SUSANA.- (*Sorprendida*) ¿Sí...?

CARMEN.- Sí. Menudos pulmones tienes, guapa.

SUSANA.- ¿Y qué es lo que oías?

CARMEN.- Y yo que sé, si no entendía nada. Sólo he entendido algo de una prostituta y que le daban cinco minutos, cinco minutos.

SUSANA.- (*Disimulando*) Eso es de la obra. Oye, tía, ¿tú hueles algo?

CARMEN.- ¿Algo de qué?

SUSANA.- Algún olor aquí en el escenario.

CARMEN.- Sí, con el tiempesito que hace, a qué quieres que huela, a humedad.

SUSANA.- ¿A nada más?

CARMEN.- (*Acercándose a donde está la sombrilla*) Bueno, ahora que lo dices... el escenario huele a perfume.

SUSANA.- ¿A perfume? ¿A qué tipo de perfume?

CARMEN.- (*Olisqueando como un sabueso*) ¡Del caro! No sé qué marca es, pero es caro. Este olor no es de la colonia lavanda que gasto yo. Esto es un olor...

SUSANA.- (*Disimulando*) ¿De qué?

CARMEN.- ¡De perfume de esos que valen una pasta! (*Oliéndola*) Oye, ¿tú no te habrás comprado un perfume de esos tan caros con el dinero de las clases?

SUSANA.- ¡Ay, tía! Dices cada cosa... Cómo me voy a gastar el dinero de la academia en un perfume.

CARMEN.- Pues aquí huele a perfume y yo no lo he olido antes.

SUSANA.- Si quieres te enseño el bolso.

CARMEN.- No, ya te creo, pero... (*Ve la sombrilla*) ¿Y esta sombrilla?

SUSANA.- (*Tratando de salir del paso*) ¿Qué pasa con la sombrilla?

CARMEN.- Que antes no la he visto aquí.

SUSANA.- Pues estaba ahí.

CARMEN.- ¿Seguro...?

SUSANA.- Sí, seguro.

CARMEN.- Pues yo no la he visto y mira que he estado barriendo por aquí. (*La coge y la abre*) Qué bonita es. ¡Madre mía, como huele! Oye, es esta sombrilla la que huele a perfume del caro.

SUSANA.- (*Intenta quitársela*) A ver, a ver...

CARMEN.- Segurísimo. (*Acercándole la sombrilla a la nariz*) Huélela tu misma.

SUSANA.- Sí que huele muy bien, sí.

CARMEN.- Bien, dice. ¡Huele de muerte!

SUSANA.- Bueno, tampoco es para tanto.

CARMEN.- (*Olisqueando*) ¡No, es para más! (*Colocándose debajo de la sombrilla*) ¿Y qué, parezco una dama?

SUSANA.- (*Nerviosa*) Anda déjala en su sitio, que se te puede romper.

CARMEN.- ¡Ni que fuera tonta! Oye, que en los tres años que llevo trabajando aquí no se me ha roto nada. Y no será porque no ha habido cosas delicadas en este escenario.

SUSANA.- Es que tú eres muy cuidadosa.

CARMEN.- Por la cuenta que me trae, tengo que serlo. Si no cuido las cosas cuando limpio, el escenario con todos los decorados puestos y los camerinos con el vestuario de los actores, me pondrían rápidamente de patitas en la calle.

SUSANA.- Por eso, dame la sombrilla que la pongo en su sitio.

CARMEN.- (*Con la sombrilla en la mano*) La gente se cree que este trabajo es muy fácil, pero a la hora de limpiar tienes que ir con pies de plomo para no tirar nada de los decorados.

SUSANA.- (*Alagándola para que se retire*) Pero tú ya lo tienes por la mano y se ve que confían plenamente en ti.

CARMEN.- Lo que espero es que valoren el cuidado que tengo con todo.

SUSANA.- Pues claro que lo valoran, mujer.

CARMEN.- ¡Si tanto lo valoran ya podrían demostrármelo subiéndome el sueldo!

SUSANA.- Pues sí.

CARMEN.- Estoy pensando que esta sombrilla a lo mejor es de esa mujer que entró antes, porque yo no la había visto por aquí.

SUSANA.- ¡Otra vez! Que no es de ella, que esta sombrilla ha estado siempre ahí.

CARMEN.- Bueno, si tú lo dices... pero yo sigo diciendo no la había visto antes. Se ve bien antigua, la habrán comprado en un anticuario de esos.

SUSANA.- Seguramente.

CARMEN.- ¿No tienes curiosidad por saber de quién era?

SUSANA.- No mucha.

CARMEN.- Pues yo sí. Por el olor que tiene, seguro que ha pertenecido a una señorona de esas estiradas que ni saludan al pasar.

SUSANA.- O no... *(Tratando de que deje la sombrilla y se marche)* Anda, déjala ya en su sitio, que como es tan antigua se puede romper con solo soplar.

CARMEN.- Sí, en eso tienes razón. *(Coloca la sombrilla en su sitio)* Bueno, como no soy una damisela de esas, me tengo que conformar con fregar la entrada, que está de pisadas de ayer... Y tú, aprovecha el tiempo que cuando acabe nos vamos.

SUSANA.- Vale.

(Carmen coge el cubo de fregar y se retira por el pasillo de la platea hasta la entrada. La luz cambia y vuelve a oírse la música parisina y aparece Sarah. Se escucha la lluvia)

SARAH.- Menudo despiste.

SUSANA.- Por poco la pilla. No sabía cómo hacerlo para que dejase la dichosa sombrilla.

SARAH.- Ya pudiste comprobar antes que ella no puede verme.

SUSANA.- Es verdad, lo había olvidado.

SARAH.- Tu tía olisqueando la sombrilla me recordaba a un sabueso que tuve.

SUSANA.- Sí, qué manera de meter la nariz. *(Cambio)* Vaya día, ¿eh? Cómo llueve. ¿Le gustan los días de lluvia?

SARAH.- Prefiero los soleados. Hace tiempo los días de lluvia me gustaban como cualquier otro día, pero a medida que fueron pasando los años, los cambios de tiempo se me hacían cada vez más insoportables.

SUSANA.- ¿Por qué, le cogía tristeza? A mucha gente le pasa.

SARAH.- (*Con tristeza*) No. Me producían dolor, un dolor terrible en la pierna derecha.

SUSANA.- ¿Sí?

SARAH.- Sí. Después de años de dolor insoportable en 1915 me la amputaron.

SUSANA.- (*Se queda muy sorprendida en silencio unos segundos sin saber qué decir*) Lo siento, lo siento mucho.

SARAH.- (*Con tristeza*) No fue una decisión fácil. Me costó mucho hacerme a la idea de que a partir de ese momento nunca más volvería a tener mi pierna derecha, que en su lugar llevaría una prótesis. Pero los médicos ya no podían hacer nada más para evitarlo.

SUSANA.- ¿Qué le pasó?

SARAH.- (*Con tristeza*) Cuando era niña caí por una ventana y me rompí la rodilla, y aunque sanó bien siempre me quedó resentida y después de muchos años, en la última escena de “Tosca”, tenía que lanzarme por un barranco, y no se habían tomado las medidas de seguridad necesarias y al caer, volví a herirme en la misma pierna.

SUSANA.- ¿Y le dolía mucho?

SARAH.- Era insoportable. Era tal el dolor que sentía en ella, que para poder soportarlo tenía que recurrir a la morfina, algo que detestaba por los malos recuerdos que me traía.

SUSANA.- ¿Por qué esos malos recuerdos?

SARAH.- Porque el único hombre con el que me casé era adicto a ella. Fue un matrimonio tormentoso. Los dos nos hicimos mucho daño.

SUSANA.- ¿Y no se separó de él?

SARAH.- (*Con pena*) No, pero cada uno hacíamos nuestra vida. Murió tan joven... tan solo tenía cuarenta y dos años. Creo que no llegamos a entendernos nunca.

SUSANA.- ¿Tuvo algún hijo con él?

SARAH.- Afortunadamente, no. (*Con nostalgia*) Mi maravilloso hijo Maurice, con el que siempre estuve muy unida, lo tuve de soltera con uno de los grandes amores de mi vida, el príncipe de Ligne.

SUSANA.- ¿Y qué pasó con el príncipe?

SARAH.- Lo que acostumbra a pasar todos los días y en todas las épocas. Cuando se enteró de que estaba embarazada, me abandonó. O sea, que tuve que criar a mi hijo sola. Pero te aseguro que a Maurice no le faltó de nada.

SUSANA.- Algo sí: su padre. Vamos que ese príncipe se convirtió en un sapo. Menudo jeta, el tal príncipe.

SARAH.- Yo creo que no pudo con la presión que ejercía su elegante familia. A ellos no les gustaba nada que su hijito se relacionase con una actriz de teatro.

SUSANA.- Peor para él. La verdad, no creo que perdiese mucho, ese tipo sólo era un niño mimado a la sombra de su familia.

SARAH.- Ya lo pude comprobar, pero para mí desgracia yo estaba loca de amor por él.

SUSANA.- Vaya, eso es lo peor, colgarse de un tío que no vale nada. Lo sé por experiencia.

SARAH.- Como ves, mi vida, como te dije antes, ha tenido sus luces y sus sombras. No todo han sido excentricidades y frivolidad.

SUSANA.- Ya me estoy dando cuenta.

SARAH.- Bueno, olvidemos todo eso y dime, ¿quieres o no quieres ese papel?

SUSANA.- ¡Pues claro que sí!

SARAH.- ¿Sí? ¿Cuánto lo quieres?

SUSANA.- En este momento más que a nada. ¡Mataría por él! En sentido figurado, claro.

SARAH.- Te he entendido, perfectamente. En más de una ocasión he sentido ese sentimiento.

SUSANA.- ¿Usted? ¿No dice que interpretó a los mejores personajes...?

SARAH.- Claro que los interpreté y fui la primera mujer en representar el papel Hamlet.

SUSANA.- ¿Entonces...?

SARAH.- Pero no siempre fue así. En mis comienzos, después de dejar en 1863 la Comédie-Française por primera vez, fui contratada por el Teatro Gymnase y tuve que hacer pequeños papelitos en distintas obras. Después de haber sido protagonista en la “*Ifigenia*” de Jean Racine.

SUSANA.- ¿Y cómo le sentó eso?

SARAH.- ¿Es necesario que te conteste? Lo importante no es como empiezan las cosas sino como acaban.

SUSANA.- ¿Y por qué dejó La Comédie?

SARAH.- *(Tratando de cortar la conversación)* Si quieres ese papel deja de perder el tiempo con tanta pregunta.

SUSANA.- No ha contestado a mi pregunta.

SARAH.- El director y yo no teníamos muy buena relación y después de varios enfrentamientos tomé la decisión de no seguir siendo socio de esa institución. En cuanto a ti, lo primero que debes hacer es empezar por trabajar el personaje de Marguerit, y para

conseguirlo tienes que ponerte en su piel y eso no lo lograrás si no empiezas situándote en su época.

SUSANA.- A usted le fue fácil ya vivía en ella. ¿Sabe qué le digo? Que de todos modos no sé por qué me molesto, si al final cogerán a cualquier conocida que salga en alguna serie de la televisión.

SARAH.- ¿Te rindes antes de empezar? Quejándote no conseguirás nada, sólo perder el tiempo. ¿No vas a tener tú también tus cinco minutos de prueba...?

SUSANA.- ¡Dichosos minutos!

SARAH.- Esos minutos sólo te servirán si conoces bien al personaje al que tienes que interpretar.

SUSANA.- Ya me he estudiado el trozo que tengo que representar. Me lo sé de memoria.

SARAH.- ¿De memoria? ¿Qué pasará si ese director te pide otro párrafo, u otra escena, qué harás entonces?

SUSANA.- Improvisaré.

SARAH.- ¿Sobre qué? ¿Sobre un personaje al que no conoces y del que no te has preocupado en saber nada? ¿Crees que vivir una vida encima del escenario basta con estudiarla de memoria?

SUSANA.- ¿Qué tengo que vivir? Solo es una prueba, si consigo ese papel ya aprenderé la obra entera.

SARAH.- (*Subiendo el tono*) ¿Aprenderte la obra? Hablas como si se tratase de una fórmula científica. ¿Piensas que para que una historia sea creíble sólo tienes que estudiarte el papel?

SUSANA.- Eso es lo que dicen todos los directores, ¡Estúdiate el papel!

SARAH.- ¿No sabes que eso es una forma de hablar? Un actor debe buscar en el alma del personaje que está interpretando, no limitarse a aprender un papel como un loro ¡Una vida no se estudia se vive!

SUSANA.- ¿Está de broma? ¡Los personajes no tienen cuerpo ni alma y mucho menos vida, son sólo eso, personajes, a los que el actor tiene que representar!

SARAH.- ¡Representar! Eso es lo que necesitan que los representen de una manera digna, sin egoísmo, que saquen su alma a la luz.

SUSANA.- Ya volvemos otra vez. Le ha dado fuerte con eso del alma. Para mí sólo son personajes ficticios sacados de un papel y puestos y en un escenario.

SARAH.- ¿Quién te ha dicho semejante tontería? ¡Todos! ¿Me oyes? ¡Todos tienen un alma, que le ha puesto su creador!

SUSANA.- (*Con una carcajada burlona*) ¡Su creador! Ni que fuera Dios, querrá decir el autor.

SARAH.- No sé cómo soporto tanta ignorancia.

SUSANA.- ¿Porque no tiene nada mejor que hacer? Dígame, ¿dónde va ese alma cuándo baja el telón?

SARAH.- No se va ningún sitio, permanecen en todos los escenarios del mundo, hasta que un actor presta su cuerpo y su voz para salir a escena y volver a vivir durante dos horas en cualquier escenario de este desconcertante planeta.

SUSANA.- ¿Se está escuchando lo que dice?

SARAH.- ¿Y tú pretendes ser actriz? *(Hace el gesto de retirarse)* Veo que estoy perdiendo el tiempo contigo, hay muchas otras chicas que necesitan mi ayuda.

SUSANA.- *(Intentando agarrarla y cambiando de tono)* Espere, no se ponga así. ¿Siempre es tan radical?

SARAH.- No me gusta perder el tiempo con simplezas.

SUSANA.- *(Más sumisa)* Ya sé, ya sé, que soy una actriz mediocre sin brillo y si estoy aquí es porque la señora de la limpieza es mi tía y me dijo que había un casting para hacer el papel de Marguerite, y aunque sé que ese papel me va muy grande me gustaría que me ayudase. Pero es que para mí, un personaje no tiene vida, ni alma, ni nada que se le parezca.

SARAH.- Imagínate, si es que eres capaz de imaginar, a un personaje histórico sin alma, carecería de sentido toda la obra, su historia no se podría contar. Si sufre, ríe, llora, eso es el alma del personaje.

SUSANA.- Pero eso es cuando se trata de un personaje histórico, en los otros...

SARAH.- En los de ficción también. Yo no puedo concebir a un Hamlet, una Fedra o un don Quijote sin alma, y desde luego tampoco a Marguerite Goutier.

SUSANA.- Si usted lo ve así... Yo lo que veo que me habla de personajes muy conocidos de los que todo el mundo ha oído hablar alguna vez por eso los tienen en su memoria.

SARAH.- ¿Y quieres saber por qué?

SUSANA.- ¡Cómo para no saberlo! Porque los han escrito grandes autores.

SARAH.- Eso no contesta nada, no todas las obras de los grandes autores son buenas, te lo puedo asegurar. Pero esos grandes personajes tienen una gran fuerza en su interior y eso el tiempo no lo puede borrar. Esos personajes han sobrevivido a sus propios autores. ¿Qué te demuestra eso?

SUSANA.- Que son personajes con mucho gancho.

SARAH.- ¿Personajes con mucho gancho? ¿Crees que estás en un combate? ¿No puedes decir personajes atractivos para cualquier actor?

SUSANA.- Está bien, un personaje goloso. De los que te dan fama y prestigio.

SARAH.- ¿Prestigio? Eso que tú llamas prestigio viene después de haber encarnado a muchos personajes, después de haber vivido muchas vidas, tenido buenas y malas críticas y seguir adelante con esa carrera interminable que es conocimiento del ser humano. Mostrando sus pasiones, sus miserias, sus miedos y sus dudas encima de un escenario. Cuando el autor crea un personaje, se vale de esos mismos conocimientos para mostrarnos su alma, y nos lo enseña a través de los diálogos de sus gestos, de su voz, su vestimenta etc. Sólo están a la espera de ser interpretados para darse a conocer al mundo.

SUSANA.- Y eso sucede cuando el actor los da vida.

SARAH.- Así es. El actor tiene la obligación de dejar que salga a la luz y que se exprese a través de su voz de su gesto y eso no sucederá si no lo conoces bien, si no indagas, si no escuchas lo que te está pidiendo a través de sus diálogos. ¡Sólo así durante ese tiempo su alma estará viva encima del escenario!

SUSANA.- ¿Escucharle, cómo?

SARAH.- En el caso de Marguerite Gautier debes empezar por situarte en el París del mil novecientos, sigue por conocer su personalidad.

SUSANA.- ¿Su personalidad...?

SARAH.- ¡Sí, su personalidad! Si era alegre, cálida, como amaba etc.! Si conoces su personalidad sabrás en cualquier momento improvisar, sino ya puedes buscar otro medio de ganarte la vida porque esos cinco minutos se te hará eterno. Si yo fuera tú no me lo pensaría, porque Marguerite, resulta un personaje como bien has dicho muy grande para ti.

SUSANA.- Usted es única para dar ánimos, ¿pero sabe que le digo? Que me voy a poner las pilas, porque no me apetece nada trabajar en la comedia que mi compañía me ha ofrecido, quiero algo más...

SARAH.- (*Cortándola*) Más, ¿qué?

SUSANA.- Más importante.

SARAH.- ¿Qué pasa, una comedia no te resulta importante? Un actor no debe menospreciar una obra, por el simple hecho de ser una comedia. Todos los personajes le enriquecen, todos son igual de importantes, siempre que estén interpretados con naturalidad y sensibilidad.

SUSANA.- No me la imagino a usted interpretando todo lo que la ofrecían.

SARAH.- Desde luego que no. Siempre intente hacer las mejores obras.

SUSANA.- ¡Así de fácil! ¿Cómo podía estar segura de que no se equivocaba, de que era una buena obra?

SARAH.- Se sabe enseguida. Cuando lees una buena obra no te deja indiferente y te ha hecho pensar, aunque no siempre estés de acuerdo con el planteamiento del autor.

SUSANA.- Y eso mismo tiene que sucederle al espectador cuando sale del teatro, ¿no?

SARAH.- Exacto. Esa es la meta del actor. Más allá de los grandes papeles, los que tú llamas golosos, hay toda una continua búsqueda por conocer al ser humano.

SUSANA.- ¿Y si te deja indiferente?

SARAH.- Puede ser culpa del texto o del actor que no ha sabido transmitir nada, se ha limitado a recitar el texto. Y eso sucede tanto en la comedia como en la tragedia.

SUSANA.- Pero todo ese mensaje que dice, lo expresa mejor el drama, la tragedia. Tienen otro prestigio.

SARAH.- ¿Por qué?

SUSANA.- Porque es así. ¿No me negara que la pérdida de los personajes sé de más en la comedia? Muchos actores sólo quieren hacer reír.

SARAH.- ¿Y no te parece una buena misión? ¿Qué hay de malo en ello? Esa es la mejor recompensa, es lo que pretendía el autor cuando se decidió a escribir una comedia.

SUSANA.- Ya... pero si sólo pretenden hacer reír ¿no pierden ese alma del que todo el rato está hablando?

SARAH.- Muchas veces las mayores críticas hechas a la sociedad se hacen a través de la comedia. Muchos autores clásicos como, Moliere, Cervantes, Lope de Vega, hasta Shakespeare emplearon la comedia con ese fin.

SUSANA.- Pero la prueba es pasado mañana, no me queda tiempo para buscar esa alma de la que usted me habla. ¿Qué hago?

SARAH.- ¡Entonces coge unas cuantas páginas y profundiza en ellas y busca hasta que encuentres a la auténtica, a la verdadera Marguerite! Vamos a ver, tumbate en la cheslón.

SUSANA.- *(Se tumba sin demasiada coquetería)* ¿Así, o de otra manera?

SARAH.- ¡Qué horror! Parece que acabas de caer de un empujón. Levanta *(Susana se levanta)* Mira lo tienes que hacer así, colocando tu cuerpo con delicadeza y coquetería. *(Se sienta con mucha delicadeza, colocando el cuerpo apoyado en el respaldo lateral)*

SUSANA.- *(Asombrada)* Vaya... con que delicadeza se inclina.

SARAH.- Debes conocerla bien, ser su amiga, sobre todo fiel a ella y más allá de tus intereses están los suyos.

SUSANA.- ¿Los de ella?

SARAH.- Sí los de ella, ¿lo recuerdas? Los tiene todos, si no de que sirve representarla.

SUSANA.- Ya. Que no olvide su alma.

(Se escucha canturrear a Carmen se cambia la luz y Sarah desaparece)

(Entra Carmen por el pasillo de platea con el cubo y la escoba sube las escaleras del escenario)

CARMEN.- (*Subiendo*) Bueno, yo ya he terminado. ¡Madre mía! No te imaginas como estaba de mierda la entrada. Parecía que hacía un mes que no limpiaba.

SUSANA. Normal, qué esperas con estos días de lluvia.

CARMEN.- Ya, pero la gente podría ser más cuidadosa. Que con tanto barro parecía que por el vestíbulo en lugar de personas habían entrao bueyes.

SUSANA.- ¿Tan sucio estaba?

CARMEN.- Pues no te lo estoy diciendo... Y tú, ¿has aprovechado el tiempo? Porque yo ya he terminado.

SUSANA.- Claro que lo he aprovechado y mucho.

CARMEN.- Me alegro. (*Mirando por todos lados*) ¿Y la sombrilla?

SUSANA.- (*Disimulando*) ¿Qué sombrilla?

CARMEN.- Cómo que qué sombrilla. La que estaba aquí hace un momento.

SUSANA.- Yo no he visto ninguna sombrilla.

CARMEN.- ¡Pero bueno, esto es de chiste! Antes me echas la bronca para que no la cogiera y ahora me dices que no hay ninguna sombrilla. ¡Déjate de bromitas!

SUSANA.- Que no, que no había ninguna sombrilla. Eso han sido imaginaciones tuyas.

CARMEN.- ¡Deja de tratarme como si estuviera loca! ¡Qué esa sombrilla estaba aquí!

SUSANA.- (*Disimulando*) Venga, tía tranquilízate, seguro que lo has imaginado o te confundes con otro día.

CARMEN.- (*Dudando*) Me estás haciendo dudar. ¡Pero que no, que no! ¡Que esa sombrilla la he visto antes!

SUSANA.- ¿Has usado para limpiar productos toxico? Mira que esos productos a veces hacen ver cosas donde no las hay.

CARMEN.- He usado los de siempre. (*Dudando*) ¿Tú estás segura de eso?

SUSANA.- Claro que sí. ¿No lo sabías?

CARMEN.- Pues claro que lo sé, no vas a venir tú ahora a darme lecciones. (*Con dudas*) Pero bueno, a lo mejor lo he imaginado, pero yo juraría... Claro, con tanto hablarme de fantasmas...

SUSANA.- Seguro que es eso, te has puesto a pensar y te has sugestionado.

CARMEN.- (*Se retira muy pensativa*) No sé, no sé. Bueno no quiero pensar más en la dichosa sombrilla. Voy a dejar el cubo y coger la chaqueta, y tú recoge tus cosas que salgo enseguida.

SUSANA.- Vale.

(La luz cambia de nuevo a ensoñación y aparece Sarah)

SUSANA.- Pobrecilla, he tenido que mentirle porque si le cuento la verdad le da algo.

SARAH.- Sí, aunque no estaba muy convencida. *(Con añoranza)* Intuyo que ya tenemos que despedirnos.

SUSANA.- *(Con tristeza)* Sí, parece que sí. *(Con admiración)* Gracias, muchísimas gracias, por darme su visión de Marguerite.

SARAH.- Muchas cosas han quedado por decir de Marguerite, pero esas las tendrás que ir descubriendo por ti misma. Y ya sabes, a por ese papel con todas tus fuerzas.

SUSANA.- Trataré de seguir sus consejos y hacer ese casting con total honestidad. Le aseguro que haré todo lo posible para que salga a la luz el verdadero espíritu de la “Dama de las Camelias”.

SARAH.- Estoy segura que así será.

(Sarah se retira caminando como una gran dama por un lateral izquierdo del actor mientras Susana ensimismada la mira como desaparece. Por el otro lateral derecho entra Carmen con la chaqueta puesta y el bolso rompiendo el momento)

CARMEN.- ¿Todavía estás así?

SUSANA.- *(Ensimismada)* ¿Qué...?

CARMEN.- ¡Qué espabiles ¡ Venga, ponte el abrigo, coge el bolso y el paraguas que nos vamos.

SUSANA.- *(Sigue ensimismada)* Sí, sí.

CARMEN.- Menuda cara tienes, parece que has visto un fantasma.

SUSANA.- Que tonterías estás diciendo.

CARMEN.- *(Retirándose del escenario)* Para misterio el de la sombrilla.

SUSANA.- *(Detrás de ella)* Todavía sigues dándole vueltas a eso...

Oscuro

(Cuando vuelve la luz en el escenario está Susana, viste diferente. Se escucha la voz en off del director del casting)

VOZ EN OFF.- ¿Cómo has dicho que te llamabas?

SUSANA.- Susana, Susana Quevedo.

VOZ EN OFF.- Muy bien, Susana. Nos ha parecido muy interesante tu visión del personaje de Marguerite.

SUSANA.- Gracias.

VOZ EN OFF.- ¿Qué método has utilizado para la construcción del personaje?

SUSANA.- *(Titubeando)* Bueno... yo... He intentado profundizar en su época, en el tipo de vida que llevaba, su enfermedad y sobre todo, por el gran amor que sentía por Armand Duval.

VOZ EN OFF.- Pues has profundizado de una manera muy convincente. El personaje de Marguerite resulta muy creíble.

SUSANA.- Gracias, muchas gracias. Tengo que confesar que me ayudo una buena amiga a profundizar en ella con total honestidad y poniéndole una gran sensibilidad.

VOZ EN OFF.- Esa amiga, ¿había interpretado alguna vez el papel?

SUSANA.- Sí, bastantes.

VOZ EN OFF.- Pues ya puedes darle las gracias a tu amiga, porque gracias a ella, el papel de Marguerite es tuyo.

SUSANA.- *(Muy entusiasmada)* ¿De verdad?

VOZ EN OFF.- Sí.

SUSANA.- ¡Gracias, gracias, gracias!

VOZ EN OFF.- Mañana a las nueve de la mañana te espero aquí.

SUSANA.- ¡Aquí estaré! ¡Hasta mañana! *(Se retira dando saltos por el lateral derecho)*
¡Gracias por todo, Sarah!

(En el lateral izquierdo un foco de luz ilumina a Sarah)

SARAH.- *(Con una sonrisa)* Estaba segura que lo conseguiría. Esa es mi chica.

(Se va oscureciendo hasta el oscuro total)

Oscuro